

Vueltas sobre Cervantes

Margarita Peña

La batalla de Lepanto fue uno de los momentos cruciales en la lucha entre cristianos y turcos por la hegemonía de Europa. Uno de sus participantes fue Miguel de Cervantes Saavedra, quien ahí perdió el movimiento de la mano izquierda. La investigadora Margarita Peña desbroza este acontecimiento histórico y redescubre en el autor de El Quijote su vena de cronista y testigo.

Cuando se repasa la obra cervantina con una perspectiva panorámica, cabe preguntarse el porqué de la permanencia del tema del cautiverio de Argel a lo largo de una literatura que cubre un amplio trecho de la vida del autor. Amén de la evidencia de que es quizás uno de los acontecimientos más significativos —además de lacerante y traumático— de su vida, existe una razón relacionada con conceptos como el honor y la fama, de evidente raigambre castellana medieval. El cautiverio de Argel, como un hecho que se prolongó cinco años, derivaría directamente del deambular del autor por el Mediterráneo en oficio de “soldado marino” tras su participación “heroica” en la batalla de Lepanto. La batalla es así causa y origen de sucesos cervantinos posteriores; se configuraría ante los ojos de los contemporáneos y de la posteridad, como efeméride cristiana heroica por antonomasia y a sus protagonistas como héroes. Se la puede relacionar simbólicamente, retrocediendo en el tiempo, con la conquista del Vellochino de Oro; empresa iniciada desde Carlos el Temerario y retomada por la Casa de Borgoña conjuntamente con la dinastía de los Habsburgo y con el Papado, que despertaría una especie de espíritu de cruzados (sumado a intereses económicos) entre los príncipes cristianos (República de Venecia, por ejemplo) ten-

diente a integrar una coalición que se opondría al Imperio Otomano, al “Turco”. Fueron los Borgoña quienes fundaron la Orden del Toisón de Oro, y fue precisamente Felipe II —un Habsburgo descendiente por la rama paterna de los Borgoña, nieto del borgoñón Felipe el Hermoso, esposo de Juana de Castilla, “La Loca”—, quien identificando la alegoría cristiana del carnero de oro con el triunfo sobre la soberbia otomana, pronunciara: “Capturaré una piel que nos volverá a la Edad de Oro”, hazaña que aludía anticipada, y metafóricamente, a la inminente jornada de Lepanto (7 de octubre de 1571). Se afirma que ya en 1568, decidido a responder a la ofensiva turca de Solimán, Felipe II ordenaba desde Madrid al virrey de Cataluña —duque de Francavilla y príncipe de Melito— que hiciera construir una galera real de guerra “que en grandeza y ligereza llevara gran ventaja a las ordinarias y fuese adornada de la escultura y la pintura que la hiciese más vistosa y de mayor contemplación”.¹ Respecto al origen del Vellochino de Oro, y su presencia co-

¹Elena Postigo Castellanos, “Capturaré una piel que nos volverá a la Edad de Oro”, *El legado de Borgoña. Fiesta y ceremonia cortesana en la Europa de los Austrias*, Fundación Carlos de Amberes/Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid, 2010, p. 421.

mo insignia y tópico en los Felipes, Carlos y demás príncipes de Habsburgo, no está por demás detenerse en la leyenda original.

Vale la pena repasar —como una inmersión en la conciencia de grandeza española y heroísmo que habitaba en Cervantes— la descripción que se conserva de la nao capitana o Galera Real, que encabezara la avanzada de la Santa Liga (España, Estados Pontificios, Venecia). Dice al respecto E. Postigo: “En primer lugar, y en el cuerpo central, un enorme escudo de la Orden del Toisón de Oro situaba la jornada contra los turcos como una fase más de los proyectos de cruzada de los primeros duques de Borgoña [...]. En segundo lugar, se identificaba el viaje de cruzada de la Santa Liga con la jornada de ‘Argo’ y en consecuencia a su capitán general Felipe II —representado en don Juan de Austria—, con el gran Jasón [...]. En la parte superior, se establecía una relación de continuidad entre el viaje de Jasón a la Cólquide y el de Hércules al Jardín de las Hespérides, equivalente al programa de cruzada de Felipe II y de su padre Carlos V. Se terminaba, en la parte inferior, por recalcar enérgicamente la victoria de la empresa filipina: al igual que Jasón consiguió la gloria, también la alcanzaría el monarca hispano”.²

Es de suponer que tan sólo la exhibición en el Mediterráneo en vísperas de la batalla, de la magnificencia y prepotencia hispanas aunadas a la convicción de cruzada celestial, mermarían la arrogancia de Alí Bajá y sus huestes. E. Postigo concluye acertadamente: “Parece indudable que en 1571, cuando la ‘Real’, como nave capitana de la Santa Liga, se enfrentara a la ‘Sultana’ del Turco [...] transmitiría con enorme claridad un mensaje que era una constante en el providencialismo Habsburgo: Felipe II, ‘Chef et Souverain de l’Ordre de la Toison d’Or’, como un segundo Jasón, conseguiría la victoria sobre los turcos, conquistaría Constantinopla y liberaría Tierra Santa, y con ello [...] estaría preparando la segunda venida del Salvador [...]. Por eso Felipe II podía repetir [...] ‘Capturaré una piel que nos volverá a la Edad de Oro’”.³ Carlos V había sido Gran Maestre de la Orden del Toisón de Oro, título al que renunció el 22 de octubre de 1555, en reunión “con los señores más ilustres de los Países Bajos, miembros del Toisón...”, confiriendo “sus insignias y poderes a su hijo”.⁴

Vayamos a Cervantes a través del relato de su personaje Ruy Pérez de Biedma, inserto entre los capítulos XXXVII y XLII de la primera parte de *El Quijote*. De acuerdo con la versión del historiador francés, Iván Cloulas, “entre los combatientes que rodean a [Andrea] Doria

en su galera, se encuentra un joven voluntario de veintitrés años que aunque enfermo y ardiendo de fiebre ha querido tomar parte en la acción. *Está al mando de un grupo de doce hombres*. Es Cervantes, el futuro autor de *El Quijote*. Recibe dos heridas, una de las cuales ocasionará, según él mismo escribe, *la pérdida de mi mano izquierda, para el honor de la derecha*”.⁵

Interesa destacar, si seguimos a Cloulas, que ese joven de veintitrés años, Cervantes, había trascendido para entonces su condición de prófugo de la justicia que huye a Italia vía Barcelona, tras el lance en que hiere, o mata, a

⁵ *Ibidem*, p. 242. Las cursivas son mías. Otros historiadores adjudican la pertenencia de Cervantes a los “tercios de Moncada”, sin relacionarlo específicamente con la galera de Doria. El capitán se apellidaba Urbina. Cfr. para esto y lo relacionado con la batalla, el capítulo “Lepanto, puerta de entrada al heroísmo y a la honra de por vida” en Margarita Peña, *Rehén de la fortuna. El cautiverio honroso y el cautiverio infamante en la obra de Miguel de Cervantes Saavedra*, Fundación Cervantina de México, A.C., Guanajuato, 2007, pp. 59-64.



En la Biblioteca Nacional de España, Madrid

² *Ibidem*, p. 431.

³ *Ibidem*, pp. 431-432.

⁴ Iván Cloulas, *Felipe II*, Javier Vergara editor, Buenos Aires, 1993, p. 87. Traducción de A. Forns de Gioia.

un contendiente en las proximidades del Alcázar Real en Madrid, y que luego, curiosamente, no es un soldado más sino que tiene a su cargo a doce hombres, lo que de ser cierto, lo coloca en una dimensión superior a la que la crítica ha venido manejando.⁶ Asimismo, queda clarísimo que para el escritor el honor derivaba no sólo de haber participado en la batalla, sino de haber perdido (el uso de) una mano, honor que ahora se depositaba en la mano derecha (con la que manejara la espada), que queda intacta.

Todo ello, y mucho más, lleva a considerar la honra —y sus consustanciales, la fama y la gloria— que para el autor representó a lo largo de su existencia el haberse hallado presente y actuado en la emblemática batalla, consecuencia indirecta de la cual sería el trasiego por el Mediterráneo tras su recuperación física en Messina, en donde es visitado, como otros heridos, por don Juan de Austria y el duque de Sessa que le otorgan sendas cartas, las que al ser encontradas por los turcos en el asalto a la galera Sol, en 1575, elevarán el rescate puesto por los captores a quinientos ducados. Por ello, Lepanto, la batalla y el cautiverio “honroso” en poder de los turcos en Argel vienen a ser ejes temáticos biográficos; memoria, inspiración; tópicos narrativos gloriosos que atraviesan gran parte de la obra y dan pie a la inevitable intertextualidad en una especie de obsesión o *ritornello* que se va modificando, dulcificando al paso del tiempo. Una especie de “teatro de la memoria”,⁷ como diría Leo-

⁶ Para algunos críticos —Rosa Rossi— Cervantes era un soldado que, en vísperas de la batalla, yacía en el fondo de la galera respectiva, supuestamente postrado por calenturas y en realidad presa de un ataque de pánico ante la inminencia del combate, pánico que finalmente logró vencer arrojando la situación desde el esquiñe que le fue asignado.

⁷ Leonardo Sciascia, *El teatro de la memoria*, Tusquets, México, 2010. Traducción de J.M. Salmerón Arjona.

nardo Sciascia. En nuestro caso, memoria de inexorable fidelidad a los hechos, cuyos resquicios se llenan con invenciones voluntarias de personajes, nombres, escenas llevadas al teatro, la novela ejemplar y al fragmento del cautivo en *El Quijote*. En una palabra, la memoria dando lugar a la intertextualidad. Pero Cervantes no es un “desmemoriado” confinado en un hospital psiquiátrico —como Mario Bruneri, el personaje de Sciascia empeñado en ser otro: Giulio Canella— sino un creador activo de ficciones literarias a partir de los recuerdos que funcionan como el buril que esculpe una obra magna fragmentada en comedias, novela ejemplar, episodios y alguna alusión perdida en el *Persiles* (1617), su obra póstuma.

Vale la pena detenerse en los sucedáneos de Lepanto para entender cabalmente el sentimiento de honra que invadió a sus protagonistas, desde el orgulloso don Juan de Austria hasta el casi anónimo Cervantes. Dice el historiador Cloulas: “Al día siguiente, 8 de octubre, don Juan dirige a su hermano un informe sobre su hermosa victoria. En Venecia se desata la alegría y se moviliza a todos los pintores para celebrar el glorioso hecho de armas. El mismo júbilo estalla en Roma, donde Pío V proclama que don Juan ha sido, como Juan Bautista, su santo patrono, el enviado de Dios [...] Toda la corte lo festeja: el rey, la reina, a punto de dar a luz, los prelados, los grandes de España. Don Juan hace su entrada en Messina el 31 de octubre, remolcando la galera de Alí Bajá [...], recibe a representantes de los pueblos de Grecia y de Albania que le ofrecen fundar un reino cristiano en las costas del Adriático, aprovechando el desconcierto de los turcos. Pero Felipe II, consultado por su hermano, le hace decir que no puede darse curso a esa idea: sería ofender a los venecianos, a los que hay que tratar como aliados. La eufo-



Paolo Veronese, *Batalla de Lepanto*, 1571

ria reina en el campo cristiano. Lepanto se ha convertido en el símbolo de la victoria inevitable de la Cruz sobre la Medialuna...”.⁸

Es evidente la apoteosis del triunfo, y sobre ésta la sombra del cálculo, el recelo y, por qué no decirlo, la envidia del soberano respecto al carismático medio hermano don Juan, a quien posteriormente, desgastada ya la aureola leparentina, tras escaramuzas guerreras y amorosas varias (una hija natural con Diana de Falángola, de Sorrento; la derrota de La Goleta en Túnez), enviará como gobernador a los Países Bajos, puesto equivalente a un destierro, en el que privado de recursos para pagar la soldada; de alimentos y auxilio, don Juan sobrevive apenas y finalmente sucumbe a unas mortíferas fiebres (tifo). No hay quien haga sombra al rey. En cuanto a Cervantes, las vueltas del destino cambiarán el sol de Lepanto en campañas navales perdidas, la decepción de Túnez y La Goleta (ganada a los turcos por Carlos V y perdida por Felipe II), el intento de regresar navegando a casa, el malhadado encuentro con el turco y la noche oscura de la esclavitud en Argel. Sin embargo, acabará siendo más afortunado que el propio don Juan. Los pedazos de gloria, honor y fama se transmutarán en una saga literaria a lo largo de aproximadamente treinta años de escritura y vueltas de la memoria; teatro y prosa. Intertextualidad teñida del sentimiento de honra. El príncipe muere; el creador sobrevive en sus principios y convicciones trasladados a la página en blanco.

CODA: UNA RELACIÓN CORTESANA

Un tanto al margen de la gran fiesta de la victoria, como alguien ha llamado a la batalla de Lepanto, de la que Cervantes es personaje —y que se vuelve ente literario en los capítulos intercalados en *El Quijote*—, habría que señalar la presencia del escritor en las fiestas cortesanas que se le cruzaron durante su vida, a veces ya muy lejos de Lepanto, y el muy posible testimonio de ellas como parte de su obra relacionada con la apoteosis de la realeza. Ejemplo es la *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del Príncipe de España Don Felipe Dominico Victorio*, —que no será otro que el futuro Felipe IV— atribuida a Cervantes por una crítica casi unánime y modernamente editada por Patricia Marín Cepeda. Muestra de la relación involuntaria del escritor con dos reyes, sucesivamente —Felipe II y Felipe III— citemos el título que aparece en el frontispicio. *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del nacimiento del príncipe don Felipe Dominico Víctor, nuestro señor, hasta*

*que acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron. Al conde de Miranda, año de 1605. Con licencia, en Valladolid por Juan Godínez de Millis. Véndese en casa de Antonio Coello en la librería.*⁹ Como vemos lo que no figura es el nombre del autor. El título ha sufrido variaciones, según la cita del crítico en turno: Alonso Cortés, uno de los que más se mencionan; Francisco Márquez Villanueva, y la propia Marín Cepeda. Recientemente se han ocupado del interesante texto José Luis Madrigal y Frederick de Armas.

Marín Cepeda¹⁰ adelanta una explicación del género: se trata de un género híbrido, que participa del carácter informativo de la gaceta y la crónica histórica [testimonio de sucesos...]. Lo considera asimismo relato novelado y repara en los elementos ficcionales y la hipérbole, más propios de novelas que de la crónica en sentido estricto.

Patricia Marín Cepeda apunta: “La corte residía en Valladolid desde 1601, aunque las idas y venidas de los monarcas eran continuas”.¹¹ Las fechas 1604-1605 me parecen importantes para una posible atribución a Cervantes, dado que si tomamos como buena la hipótesis de W.F. King¹² de que en 1604 se hallaba a Sevilla participando en un festejo poético (quizás abandonando ya Valladolid y por ello, buscando acomodo en su amada Sevilla), perfectamente pudo presenciar las fiestas vallsolietanas celebradas en 1605 al nacimiento del heredero del trono y escribir sobre ellas.

No pretendo extenderme sobre el tema de la *Relación* en su versión española y su traducción al italiano, tratado en otra parte. Tan sólo señalar la afición de Cervantes, manifiesta a lo largo de su vida, por escribir sea crónica novelada de sucesos —batalla de Lepanto, cautiverio de Argel, vicisitudes “bizantinas” de Ricardo y Leonisa en forma de novela ejemplar “morisca”—; sea una relación de fiestas cortesanas como la “Relación de Valladolid”, en mucho crónica testimonial, partiendo de un tronco autobiográfico intenso y apasionante: una obra de ficción en sí misma. ¶

⁹ El título de la traducción italiana reza: *Relatione/di quantole' successo/nella città di Vagliadolid./Dopo' il felicissimo nascimento del Principe/di Spagna/Don Filippo Dominico/ Vittorio/Nostro Sig./ Fin che si finirono le dimostrazioni d' allegrezza, che/per quel si fecero;/ Tradota di lingua Castigliana da Cesare Parona,/ Ad istanza di Girolamo Bordóni./ Con Priuilegio, & licenza Superiori./ In Milano. Per Girolamo Bordoni, & Pietro Martirel Locarni. M.DC. VIII.*

¹⁰ Patricia Marín Cepeda, “Theatrum Mundi”, *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 25, 2 (2005-2006), p. 164.

¹¹ Marín Cepeda, pp. 164-165. Podemos añadir que otras hijas les nacieron a Felipe III y la reina Margarita antes del advenimiento de Felipe Dominico. Éstas fueron Ana María Mauricia de Austria, venida al mundo en septiembre de ese año, y una segunda hija, en 1603, que falleció. El ansiado heredero varón llegó hasta el 8 de abril de 1605.

¹² W.F. King, *Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, El Colegio de México, México, 1989. Traducción de A. Alatorre.

⁸ Iván Cloulas, *op. cit.*